

HOMILÍA, XXXVII SEMANA TOMISTA (14 DE SEPTIEMBRE DE 2012)

(FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ)

Después de un largo camino, cuando el cansancio comienza a hacerse sentir, la mirada del peregrino se fija sobre la tierra. La sed y el hambre crecen, la garganta se seca y la respiración se vuelve pesada. Ésta era la situación del pueblo de Dios en el desierto (Núm. 21, 4b-9). Es verdad que había partido exultante porque la meta a alcanzar era la libertad de la esclavitud. Pero experimentando las adversidades del desierto, el horizonte para el pueblo se había reducido a la arena que los pies pisoteaban, la exultación de la partida se transformó en desesperación y en rabia contra su guía, Moisés. Pero su rebelión se dirigía directamente a Dios, sospechando que los había engañado y conducido por el desierto para hacerlos morir. Si esto hubiera sido verdad, ¿qué sentido tenía el éxodo y la promesa de libertad si su precio era la muerte del individuo y la eliminación de la nación!

Pero, en la profunda desesperación, el Señor interviene y hace poner bien en alto una serpiente venenosa. El pueblo sabe que no es la serpiente la que cura, sino el Señor. Él quiere que el pueblo levante de nuevo los ojos hacia Él para ser curados no solamente del fuego abrasador de las mordeduras venenosas, sino también de la herida de la desesperación y de la pérdida de la fe. Después de esta experiencia de un Dios lleno de gracia y de misericordia, los Israelitas piden perdón al Señor y a Moisés. Los desterrados aprenden así que el Dios que los ha llamado de Egipto, permanece presente en su historia y en la vida de cada día, no obstante el pecado y la miseria de la condición humana. Este Dios siempre salva cuando el hombre tiene el coraje de elevar los ojos de la tierra hacia el cielo y renueva su confianza en Él. Solamente Dios es capaz de abrir al hombre nuevos horizontes y darle esperanza y sentido a su vida.

En el diálogo con Nicodemo, San Juan aplica el milagro del desierto a Jesús, quien levantado en la cruz se convierte en fuente de salvación para aquellos que elevan los ojos hacia Él: “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna” (Jn. 3, 14-16). El horizonte de la vida humana condicionada por la caducidad, se proyecta hacia una vida nueva. Ya no se trata de la supervivencia física de los peregrinos por el desierto del mundo, sino de una esperanza que sobrepasa la dimensión terrena de la existencia y alcanza la de la eternidad. En ella se revela como verdadero destino del hombre su comunión definitiva con el Dios creador. Sólo Dios, por medio de Jesucristo, puede dar la verdadera vida a quien levanta los ojos a Aquél que ha sido levantado sobre la cruz. Sólo El puede abrirnos las puertas hacia aquella vida que sobrepasa la limitación y el condicionamiento de la materia y nos ofrece una existencia espiritual. Al fin de nuestro peregrinar por el desierto del mundo, nos espera por lo tanto la libertad y la visión de la Santísima Trinidad que es Espíritu y Vida. Para usar una palabra de San Pablo: “El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Cor. 3, 17).

Entonces, nuestra misión de Iglesia y de cristianos, es la de ayudar a nuestros contemporáneos que tienen el peligro de perderse en el círculo vicioso de la autosuficiencia, a elevar los ojos de la tierra hacia Aquél que tiene palabras de vida eterna. Como con fuerza han relevado los pontífices de nuestro tiempo, es necesario volver a dar al mundo la esperanza, hacer presente la existencia del mundo del Espíritu. Y es precisamente en este ámbito de la secularización y de la presunta separación entre fe y ciencia humana, propagada por no pocos de nuestros contemporáneos, que se revela también la actualidad y la importancia de la persona y de la enseñanza de Santo Tomás.

Ustedes son los expertos en el campo de la teología y de la filosofía de Santo Tomás y no me corresponde a mí entrar en esta materia. Pero me parece importante relevar el aporte significativo del Santo en lo que se refiere al carácter sobrenatural y, al mismo tiempo también racional, de la fe. Este aspecto no sólo es importante para la filosofía y la teología en sentido estricto, sino también para la recta conducta de los hechos humanos.

El abuso del poder y la corrupción, no son solamente graves actos de injusticia, sino que quitan también a los ciudadanos la esperanza de un futuro mejor. Y por lo tanto es necesario que la

Iglesia continúe, aún con más fuerza, relevando el principio de la recta razón sobre todo en lo que concierne a las decisiones importantes en el ámbito de la sociedad civil. Pensando particularmente en la actividad legislativa, la que según la enseñanza de la Iglesia debe ser conforme “a la dignidad de la persona humana y a los dictámenes de la recta razón” (*Compendium*, 398), recordamos que ya Santo Tomas enseñó que “la ley humana es tal, en cuanto es conforme a la recta razón y por lo tanto deriva de la ley eterna”. En cambio, cuando la ley está en contraste con la razón se convierte en una ley inicua y se transforma en un acto de violencia (*Summa Theologiae*, I-II, q. 93, a.3, ad 2um). La cuestión que debe preocuparnos es que la sociedad que se llama moderna, niega u oculta toda referencia a Dios o al origen divino de la razón humana y, por lo tanto, también de la ley humana. La Iglesia misma y su doctrina son consideradas entonces “irracionales”.

Para el Santo Padre Benedicto XVI el problema moderno de la razón se presenta hoy particularmente en relación con el de la libertad humana. En la encíclica sobre la esperanza, el Papa afirma que “La razón es el gran don de Dios al hombre” y que “la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana”. Pero después se pregunta: ¿Cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuándo se ha hecho ciega para Dios? La razón del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Y él responde: “Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma” (nº 23). Pero ¿qué pasa si el hombre prueba crear un mundo puramente inmanente sin referencia a Dios? “En este caso”, escribe el Papa Benedicto, “la situación del hombre en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación” (ibídem).

Hoy celebramos la Exaltación de la Santa Cruz, y me parece importante que su trabajo, estimados profesores e investigadores, sea un faro de esperanza que ayude a nuestros contemporáneos a levantar los ojos en alto hacia la Cruz, hacia Aquél que sólo tiene palabras de

vida eterna. En la desorientación actual y en la confusión de las mentes, ustedes deben ser guías seguras para los hombres y las mujeres que buscan el sentido de la vida y una respuesta a sus ansiedades. Pero la cosa más urgente en este ámbito es la educación y la formación de la nueva generación de sacerdotes y de religiosos, con el fin de que sean, en primer lugar, hombres y mujeres de Dios y también capaces de dar una respuesta a aquéllos que piden el motivo de nuestra esperanza (cf. 1 Pe. 3: 15).

Por lo tanto hagamos nuestra la oración de Santo Tomás: “Concédeme, te ruego, una voluntad que te busque, una sabiduría que te encuentre, una vida que te agrade, una perseverancia que te espere con confianza y una confianza que al final llegue a poseerte” (cf. Benedicto XVI, Audiencia General, 16/06/10). Que el Señor, por intercesión de Santo Tomás los bendiga y los asista para que su trabajo contribuya a la renovación de la Iglesia y de la sociedad en la cual viven. Amén.

+ Mons. Emil Paul Tscherrig
Nuncio Apostólico